

*"LA MATERNIDAD ES LA VERDADERA PRUEBA DE LA FEMINIDAD"*¹

REPRESENTACIÓN E IDENTIDAD FEMENINA

EN LA INGLATERRA VICTORIANA

Claudia Marinsalta ²
María Jorgelina Caviglia
U.N.S.

I.

En Inglaterra a partir del siglo XVIII y vinculado con los inicios del apogeo de la burguesía, comenzó a diseñarse un nuevo modelo de familia basado en la teoría de las dos esferas: el ámbito público en manos del padre, el privado organizado por la madre. Es decir que, mientras el hombre era definido más por lo que hacía en el mundo público que por el sexo al que pertenecía, a la mujer, por su naturaleza, se la relegaba al hogar y a las tareas reproductivas. Así el rol de madre representaba lo que era una mujer de un modo directamente relacionado con su ser femenino: su identidad estaba determinada por el ejercicio de la maternidad³.

En la centuria siguiente, las profundas transformaciones sociales generaron un amplio debate en relación con la "cuestión femenina", en el que la conceptualización de la maternidad surgió como uno de los tópicos centrales. Su definición se convirtió en un asunto de hombres: científicos, biólogos, médicos – ginecólogos y pediatras – y ensayistas prescribieron las características de la identidad femenina a través de representaciones significantes y sostenidas por el poder público, generando relaciones intergeneracionales asimétricas⁴. De esta manera, crearon construcciones ideológicas y prácticas mediante las cuales se asignaba a la "naturaleza femenina" la función materna como rol único y fundamental que la

¹ La expresión pertenece a Kenealy (1996:251)

² cmarinsalta@uns.edu.ar

³ Hitchcock (1997:49) asegura que "La historia de la maternalización de los cuerpos femeninos, con su énfasis sobre el rol de 'madre', así como el surgimiento de la ideología de las esferas separadas a fines del siglo XVIII, confinó cada vez más a las mujeres a la esfera privada de lo doméstico".

⁴ "La maternidad era, según afirmaban los filósofos y ratificaban los médicos, el destino de las mujeres, al que se encaminaba su naturaleza física, el objetivo que marcaba todas las características de su organismo" (Morant Deusa y Bolufer Peruga, 1998:225). En este mismo sentido, Knibiehler (2001:53-54) plantea "¿La madre era un individuo?...Los científicos proporcionaban una respuesta negativa a esta pregunta, apoyándose en las jóvenes ciencias que surgían en ese entonces (la anatomía, la filosofía, la psicología) y asignaban la 'naturaleza femenina' a la función materna y a la dependencia".

mujer debía cumplir en la sociedad. Caine y Sluga (2000:54-55) afirman que la virtud femenina se definía por: “El cuidado del hogar y de la familia, y la constante preocupación por la maternidad, eran considerados partes integrantes de la ‘naturaleza’ de la mujer”. En ello debía hallar su identidad femenina. Para Hérítier

...la observación y la reflexión sobre esa asimetría sirvieron como soporte para la creación a la vez mental y concreta de un sistema de dominación que no asigna a las mujeres la responsabilidad de la procreación (engendramiento) sino de la fecundidad, de la maternidad y de las tareas relacionadas – por extensión, las del ámbito doméstico –, y en el mismo movimiento las excluye de otros ámbitos: el público, el del saber y el del poder. (2007:307)

Así la ciencia, a partir de consideraciones biológicas, planteó los principios acerca de la naturaleza femenina: enunció sus cualidades, sus aptitudes y capacidades mentales, psíquicas y físicas y determinó el rol propio de la mujer – esposa y madre – y las relaciones de poder entre los sexos, diseñando la imagen necesaria para mantener el orden social. Además, la suposición de que ella estaba menos evolucionada que el hombre imposibilitaba su acceso a la igualdad de derechos y a compartir responsabilidades. El discurso androcéntrico fue considerado como la única voz legítima y autorizada que definía y asignaba lugares de poder. También moldeó la identidad de las mujeres diferenciándolas de los otros, los hombres – como sujetos sociales –, y las constituyó como la otredad, excluidas y omitidas; a lo sumo incluídas pero de forma subordinada bajo normas y valores patriarcales⁵. En este juego con el otro, Ruiz (2000: 17) sostiene que

...toda identidad es la afirmación de una diferencia, la determinación de un ‘otro’ que le servirá de ‘exterior’, permite comprender la permanencia del antagonismo y sus condiciones de emergencia... el poder, entonces, está presente en la constitución de toda identidad, la cual es, en sí misma, un acto de poder, de modo que sin poder no habría identidad (ni identidades). La afirmación parcial de cada identidad depende de su capacidad de reprimir aquello que amenaza (poder contra poder).

Así, la teoría de las dos esferas – “El mundo es del hombre; el hogar, de la mujer”, según el proverbio inglés – dividió el universo de la burguesía inglesa en dos ámbitos de actividades: el público y el privado, oposiciones binarias organizadas de modo tal que cada polaridad funcionaba reforzando a la otra

⁵ Según Hérítier (2007:178) “...las mujeres fueron confinadas en todas partes a un rol de procreadoras domésticas, excluidas del uso de la razón, excluidas de lo político, excluidas de lo simbólico”.

(Mort, 1987:41). De esa manera se intentaba establecer un supuesto equilibrio social por el cual las mujeres y los hombres cumplían sus respectivas funciones: de acuerdo al discurso de la domesticidad, las primeras como esposas, madres y protectoras del hogar y, los segundos, proveedores de recursos y responsables de las funciones públicas. La familia, entonces, era considerada como el lugar de poder femenino en el que aquellas eran responsables de velar por sus miembros. Este ordenamiento social simbólico mantenía supuestamente una vida apacible y estable, armoniosa y complementaria, en la que cada miembro ocupaba su rol y donde las mujeres adquirirían un significado que las convertía en una figura tutelar, en el "ángel del hogar". Ellas desarrollaban, de esta forma, una conciencia de sí como madres que les daba sentido de pertenencia y que, por lo tanto, construía una identidad propia: la plenitud de lo femenino se realizaba, así, a través de la maternidad (Molina Petit, 1994:269). Con respecto a ello, Ibarlucía (2007:54) agrega:

Las mujeres gozan del privilegio de que por sus cuerpos, real o simbólicamente, pasa la vida. Por biología y por formación atávica, están más habilitadas para materner, cimentar afectos, mantener el 'fuego del hogar', cuidar de la continuidad de la vida. Están vinculadas con los orígenes, con la creación, con el misterio, con lo oculto, con lo temido, con lo ansiado.

La función materna absorbía a la mujer⁶; ella, para ser tal, sólo debía ser madre, por lo tanto, se construyó una identificación entre mujer/madre, entre feminidad y maternidad. Esta experiencia era el hecho ancestral en virtud de su biología - su sexualidad, históricamente, se ha vinculado a la procreación⁷ - y central en la vida de la mayoría de las mujeres, poniéndose de manifiesto a través del lenguaje, las representaciones simbólicas, las imágenes y las prácticas⁸. Según Tubert (2007:206-207)

⁶ Fernández (1993:21) admite que "En el mito mujer-madre, no es lo mismo decir que para ser madre se necesita ser mujer que afirmar que para ser mujer se necesita ser madre; sin embargo, esta ecuación de gran eficacia simbólica en nuestra cultura ha vuelto equivalentes ambos términos".

⁷ Mort (1987:42) afirma que la configuración alrededor de la sexualidad era una construcción discursiva que ponía de manifiesto relaciones de poder y que se basaba en condiciones históricas particulares y en relaciones sociales. Aclara que el discurso no era simplemente reflejo de éstas sino que colaboró en la organización de prácticas sociales específicas que constituyeron una fuerza activa en la producción de los significados sexuales en juego.

⁸ Héritier (2007:14) sostiene que "Colocar a la madre en el lugar de la mujer implica asignar a ésta una única función que anula a la persona que hay en ella".

...las representaciones o las figuras de la maternidad, lejos de ser un reflejo o un efecto directo de la maternidad biológica, son producto de una operación simbólica que asigna una significación a la dimensión materna de la feminidad y, por ello, son al mismo tiempo portadoras y productoras de sentido.

A través de ellas, las mujeres desarrollaban un “nosotras” que les permitía identificarse y reconocerse.

II.

Analizaremos, entonces, algunas argumentaciones con matices diferenciales enunciadas por la sociedad victoriana. Por un lado, la importancia de ser madre conllevaba al confinamiento de las mujeres a la vida doméstica y a sus roles maternos, excluidas de su participación en la vida pública. Ellas no eran libres de elegir ser o no madres, era su función primordial, y, además, una necesidad de la sociedad. Estas premisas estaban sustentadas en la biología femenina y justificadas ideológicamente por la teoría de las dos esferas en la cual cada miembro de la familia cumplía una tarea complementaria, denotando la dominación masculina y el sometimiento de las mujeres.

Así, cuando la escritora británica Margaret Oliphant (1828-1897) analizó la condición femenina, consideró ante todo a las mujeres casadas, acorde a la ideología dominante que afirmaba que el matrimonio era el objetivo al que debían aspirar todos los jóvenes. Sobre todo ellas porque permitía su realización biológica -a través del acceso a la maternidad- y social, mediante la constitución de una familia en el seno del hogar, en cuyo interior eran auténticas reinas y ángeles benefactores. Defendió la idea de que, ante todo, la mujer era esposa y madre – actual o en potencia – y que esta realidad debía conformar y estructurar toda su personalidad. En función de ese determinismo le asignaba, entonces, la maternidad como destino ineludible, circunstancia que se transformó en eje de su discurso.

En consecuencia, calificó al matrimonio como objetivo prioritario, en cuyo interior la naturaleza -cuyos mandatos eran inexorables- operaba adjudicando escenarios y roles específicos y complementarios, que le permitían hallar su identidad. Al otorgar una base biológica a la división por géneros de la sociedad, Oliphant enfatizó el hecho de que por naturaleza la mujer estaba destinada a guardar la simiente sagrada, criar sus hijos, ser protegida por su marido y construir un hogar para atenderlo y servirlo a él y a su familia. Advertía, además,

que las teorías abstractas no podían ignorar a la naturaleza pues ésta se impondría exigiendo al hombre a trabajar ininterrumpidamente, aun frente a todas las inclemencias y dificultades, mientras la mujer – amparada y segura en el hogar, inhabilitada por la naturaleza que le imponía lapsos de reclusión vinculados por la autora con la maternidad – esperaba su regreso para atenderlo y servirlo, como si fuera su natural Segunda, nacida para su solaz y consuelo, desplegando rituales de gratitud y servicio.

Desalentó, en consecuencia, la educación profesional de ellas porque implicaría la inexorable y cruel disyuntiva de elegir entre una carrera, por un lado, o el matrimonio y la maternidad, por el otro, debido a su incompatibilidad. Puestas a elegir, creía que

La mayoría de vosotras... sería esposa y madre a pesar de todo, estarían bajo el peso de los impedimentos de la propia naturaleza y se les confiarían las altas responsabilidades de la naturaleza y su trabajo específico que ningún hombre es capaz de hacer en lugar de vosotras. La legislación puede ayudar a las mujeres excepcionales...pero por la mayoría poco puede hacer y la revolución, absolutamente nada (Oliphant, 1995: 137).

Samuel Smiles (1812-1904) también planteaba la división binaria que caracterizó a la teoría de las dos esferas: mientras el padre debía gobernar a su familia como un monarca y trabajar honradamente todos los días, la madre debía manejar y hacer confortable al hogar con alegría no exenta de abnegación⁹: “El hombre debe hacer su honesto trabajo de cada día y la mujer debe mantener su hogar limpio, alegre y confortable, [porque] ¿no es éste su mundo, donde centra su vida y su felicidad?” (1912:396-397). De esta manera, mientras el hombre hallaba su identidad fuera de la casa, la mujer debía encontrarla en el ámbito doméstico. Su discurso enfatizaba las cualidades que debían reunir las esposas y madres a fin de desarrollar en su familia los valores de la civilización. Para que el hogar fuera un espacio de felicidad y respeto desde el cual se proyectaran sus influencias benéficas a la sociedad en su conjunto, la madre debía ser ordenada, laboriosa, ahorrativa y educada, pues de ella y de su trabajo dependía exclusivamente toda la dicha o la adversidad: “Ninguna nación puede progresar

⁹ Frecuentemente la madre sacrificaba parte de su dieta dejando la carne para consumo de su marido y el azúcar para sus hijos. Armstrong (1991:104) plantea que en los manuales de conducta aconsejaban no destruir los placeres inocentes del hombre con pretextos de economía, y, en cambio, reducir los de ella para poder fomentar los de él: “La mujer doméstica ejecuta su papel en el hogar regulando su propio deseo”.

excepto a través del perfeccionamiento de sus hogares y ello sólo puede lograrse con la mediación femenina" (1913b:360). Eran ellas, pues, más que los hombres, "...las que deben atender a la creación de una infancia alegre y una humanidad heroica; las que deben modelar y cultivar esas cualidades que hacen de sus hijas esposas dignas de hombres beneméritos" (1912:39).

Smiles argumentaba que las buenas madres, más aún que los padres, tendían al perfeccionamiento de la humanidad, creando el ambiente moral del hogar que era el alimento espiritual del ser humano. Señaló que podía observarse que, aunque el padre se hubiera corrompido o arruinado, mientras la madre fuera prudente y sensata, la familia se mantenía unida y los hijos, probablemente, harían su camino en la vida de modo honorable.¹⁰ En caso contrario, cuando era la madre la que se extraviaba, aunque su marido tuviera buena conducta, era raro que sus hijos pudieran ser exitosos, pues ni las ventajas de la educación ni las riquezas o el confort podían compensar la necesidad de buenas madres. Eran ellas, principalmente, las que ejercían influencia en el hogar, donde se aprendían los afectos sociales, así como las ideas y máximas morales que gobernaban el mundo (1912:213).

El discurso victoriano, avalado por los médicos, advertía que en ellas la utilización de energía en el crecimiento intelectual, tal como si fueran hombres, podía desviar hacia el cerebro la asignada naturalmente a la procreación. Esta concepción constituyó la base de la teoría de Herbert Spencer (1820-1903) sobre este tema, según la cual en las mujeres la evolución individual se detenía antes que en aquellos porque, con sabiduría, la naturaleza reservaba las fuerzas necesarias a fin de enfrentar los costos de reproducción sustrayéndolas del crecimiento psíquico e intelectual. Señaló, entonces, la incompatibilidad entre sus actividades intelectuales y la procreación, considerando que esta, que constituía el primero y más importante deber natural y social de la mujer, estaba amenazada por los esfuerzos mentales que aquellas implicaban. Si bien admitía que, bajo una disciplina especial, la inteligencia femenina podía suministrar productos superiores a los logrados por la mayoría de los hombres, aclaraba que

¹⁰ Mr. Tufnell en "Reports of Inspectors of Parochial School Union in England and Wales", de 1850, sostenía que "...en una gran fábrica, donde había empleados muchos niños, los directores antes de contratar un muchacho siempre averiguaban sobre el carácter de la madre porque si el informe era satisfactorio se tenía prácticamente la certeza de que sus hijos se conducirían bien. **No se prestaba atención alguna al carácter del padre**" (Smiles, 1913a:46).

...no podemos contar esta producción como verdaderamente femenina si acarrea un decrecimiento en el cumplimiento de las funciones maternas. El vigor mental femenino normal es sólo aquel que puede coexistir con la producción y crianza de niños saludables...Mientras que en el hombre la evolución continúa hasta que el costo fisiológico de la subsistencia equilibra lo que suministra la nutrición, en la mujer tiene lugar una paralización del desarrollo individual mientras hay aún un considerable margen de nutrición: de otra manera no habría progenie (Spencer, [1873] 1996:24).

El instinto maternal era dominante en la mujer pues en su naturaleza se reunían aptitudes peculiares para tratar con los niños, un poder de intuición y una apropiada adaptación de su conducta así como una especialización mental y corporal femenina, vinculada con la crianza de los hijos, que se extendía luego a su conducta en la sociedad más amplia. Todas ellas eran cualidades aptas para sobrevivir y dejar descendencia y, por lo tanto, destinadas a cultivarse y a fijarse, a través del perpetuo ejercicio, de madres a hijas como verdaderas facultades propias de las mujeres que facilitaban la procreación y que habían demostrado su eficiencia tanto a nivel familiar como social (1996:26).

Aseguraba que un exceso en los estudios era incompatible con la maternidad, misión natural e ineludible de las mujeres, y afectaría el futuro de la raza, revelando preocupaciones eugenésicas, muy difundidas en la época. Más aún: *"El aumento de las actividades intelectuales podía conducir, incluso, a la infertilidad."* (Spencer, s/d a: 280-281)¹¹ Sorprendiéndose de que en la época había mujeres que se lamentaban, como si fuera una injusticia, de que su actividad se limitara a las tareas hogareñas y que reclamaran el derecho de competir con los hombres en todo tipo de ocupaciones, expresó que "...si ellas comprendieran todo lo que abarca la esfera doméstica, no reclamarían otra. Si supiesen todo lo que supone la buena educación de los hijos... no buscarían función más trascendente." (Spencer, s/d b.:416)

Un planteo que reveló la notable influencia de Spencer fue el de Arabella Kenealy (1864-1938) quien afirmaba que

Ninguna mujer sobrellevando la experiencia de la maternidad debería ser comprometida en ninguna ocupación que absorbiera sus mejores energías y forzara su atención. Ella debería... limitar sus esfuerzos y conservar sus

¹¹ Fraisse (1993:82) sostiene que, según Spencer, había un antagonismo entre la génesis – la reproducción – y la individuación – la realización de sí – y, por lo tanto, una contradicción entre la fertilidad femenina y su actividad mental. La mujer, dominada por su papel en la especie (como toda hembra), no podrá desarrollar su yo ni su cerebro. Su vocación *"...por perpetuar la especie dificulta, e incluso llega a impedir por completo, su acceso a funciones superiores"*.

energías para que estas pudieran ser utilizadas en el cumplimiento de la responsabilidad maternal que ha asumido. [1890] (1996:254).

Además temía que la libertad e independencia de las madres afectara el bienestar de sus hijos y, a través de ellos, como Spencer, el progreso de la raza. (1996:256).

Por su parte, Frederic Harrison (1831-1923) en *The Emancipation of Women* sostuvo que el orden familiar, apoyado en que cada uno de sus integrantes debía cumplir con una función pre-establecida, constituía un requisito indispensable para la paz social, transformándose en fuente de valores y principios morales sólidos. En este ámbito, la maternidad tenía un lugar especial. Las mujeres eran valorizadas por ser madres al servicio de sus hijos, considerados como el futuro del progreso de la humanidad. Así el *ser de la mujer* quedó definido por el hecho de *ser madre*, representando el "sexo afectivo": "El centro de la cuestión es el mayor poder del afecto en la Mujer, o, mejor dicho, el mayor grado en la que la naturaleza de la Mujer es estimulada y controlada por el afecto". ([1891] 1996:268)

Harrison (1996:270) sostenía que ella, desde su ámbito propio, tenía la obligación de actuar a favor de su elevación personal vinculada con la fortaleza que se manifestaba mediante el constante afecto y amor maternal para velar, con dignidad, por las necesidades de los hijos, así como la responsabilidad de educarlos en tanto futuros ciudadanos y de imponer en su corazón el respeto por el orden, es decir disciplinarlos. Su rol, como suavizadora del carácter de los miembros de la familia y como civilizadora, adquiriría un valor útil en beneficio del interés social indispensable para lograr el desarrollo progresivo de la sociedad victoriana. Su actividad debía centrarse en su influencia personal en el hogar como forma de poder indirecto, evitando cualquier otra función en el mundo exterior a fin de conservar el orden social: "Mantener la Familia pura, refinada, afectuosa, fiel, es una tarea más sublime que gobernar el Estado; es una tarea que necesita todas las energías, la vida entera de la Mujer" (1996:276)

Si bien defendió los derechos de las mujeres, John Stuart Mill (1806-1873) sostuvo en *The Subjection of Women* que ellas podían realizar distintas actividades pero siempre que estuvieran relacionadas con su naturaleza. Afirmaba que el fin de su existencia eran las ocupaciones femeninas: el gobierno de la casa, la educación de los hijos, el cuidado de la familia y hacer felices a los otros, reafirmando la conveniencia y la necesidad de que las mujeres se dedicaran a las

tareas hogareñas: "...cuando una mujer se casa elige la dirección de un hogar y la educación de una familia como fin principal de sus esfuerzos..." (Mill, [1869] 2000:199-200).¹²

Reconocía, sin embargo, que, muy probablemente, si se les abriera otro medio de vida u ocupación, no habría suficientes mujeres dispuestas a aceptar su condición. Por ello, con un dejo de ironía, exhortaba a admitir con sinceridad que "Es necesario para la sociedad que las mujeres se casen y tengan hijos. Pero no lo harán sino por la fuerza. Por lo tanto, es preciso forzarlas a ello" (2000:175).

Por otra parte es necesario destacar que, al considerar a la maternidad como una función y responsabilidad social fundamental para el progreso de la humanidad, las integrantes del movimiento en defensa de sus derechos, reconociéndose diferentes a los hombres por naturaleza, los reclamaban para atender en cuestiones cotidianas y así establecer una sociedad más justa y transformar las relaciones de poder intergenéricas. En efecto, aunque esta posición constituía un aspecto central en las sociedades patriarcales, en gran medida impregnó a las feministas del siglo XIX y buena parte del XX. Para ellas, la maternidad era la plataforma desde la cual luchaban por la igualdad y la autonomía no concedida por la sociedad patriarcal.¹³

Así Millicent Garrett Fawcett (1847-1929), destacada líder del movimiento sufragista inglés, en *The Electoral Disabilities of Women* cuestionó la afirmación de la sociedad patriarcal según la cual la familia era la única esfera propia de la mujer, de modo tal que, si participaba en la vida política, descuidaría las obligaciones domésticas y pondría en peligro la cohesión familiar. Refutando esta afirmación, Garrett Fawcett ([1870] 1995:230) aseguraba que

...es erróneo suponer que la atención a los deberes domésticos y a los intereses intelectuales no pueden ser combinados. No hay razón para que las esposas y madres no puedan cultivar sus mentes y, al mismo tiempo, presten atención a sus asuntos domésticos. Un centenar de ejemplos podrían ser proporcionados para mostrar que la noción de que una mujer, en condiciones para dirigir bien su casa y su familia, debe dedicar todo su tiempo y mente a eso y no hacer otra cosa es incorrecto.

¹² Si bien Mill reconocía la necesidad de que las mujeres desarrollaran oficios y actividades que no fueran sólo las domésticas, no podía despegarse del discurso hegemónico según el cual las mujeres eran y debían ser educadas para una función determinada. Como apunta Molina Petit (1994:126), "...se le ve la oreja de lobo patriarcal".

¹³ No obstante, Bock y Thane señalan que "...la visión feminista de la maternidad no era sencillamente la aceptación de un papel femenino 'tradicional', sino un llamamiento a la reforma, a la revolución para algunos, de la situación de las madres y de la sociedad de su conjunto". Las mujeres reivindicaban el "derecho a tener derechos" (1996:43-44).

En otro de sus artículos, *The Emancipation of Women* ([1891]1996:284), reclamó una educación formal para las madres que les permitiera mejorar la formación de sus niños y advertía que “La mujer que educa bien una familia trabaja inestimablemente para el Estado. Ella está contribuyendo a la grandeza de su país en su más alto sentido...”. Además rechazaba la posición de sus contemporáneos que temían la emancipación y la libertad de las mujeres, basándose en que ellas descuidarían su rol fundamental, la maternidad, para realizar otras actividades. Garrett Fawcett (1996: 289-290) negaba esta posibilidad y aseguraba ellas estaban psíquica y mentalmente capacitadas para dedicarse a ocupaciones industriales, científicas o profesionales.

Una posición más radical puede detectarse en Harriet Taylor Mill (1807-1858), una de las primeras feministas inglesas, quien señalaba que a las mujeres se las educaba, desde la niñez, para cumplir con su fundamental misión social: ser esposa y madre. Mientras sus contemporáneos defendían la esfera doméstica para las mujeres como lugar exclusivo a fin de que desempeñaran su rol específico, Taylor Mill, en *The Enfranchisement of Women*, criticó este argumento pues imposibilitaba la participación de las mujeres en el ámbito público a través de diferentes actividades y profesiones. Además estimaba injusto obligar a las mujeres “...a ser madres o a no ser nada; o bien que si alguna vez han sido madres, ya no pueden ser nada más durante el resto de su vida.” (Taylor Mill, [1851] 2000:126). Más adelante, en un tono desafiante y cuestionando la imposición social de la maternidad como única función de la mujer, sostenía que

No hay ninguna razón o necesidad intrínseca para que todas las mujeres tengan que escoger voluntariamente consagrar su vida a una función animal y a sus consecuencias. Muchísimas mujeres son esposas y madres solamente porque no tienen acceso a ningún otro modo de vivir, a ninguna otra ocupación para sus sentimientos o sus actividades... (Taylor Mill, 2000:127).

La sufragista Henrietta Müller (1845-1906) compartía este punto de vista. En un artículo publicado en 1887, descartando que la maternidad fuera el destino natural femenino, sostuvo que

Se señala constantemente a las mujeres... que el verdadero reino...es el hogar y, por encima de todo, la crianza y que ‘el amor y el cuidado maternal’ serían aún y por siempre ‘el regocijo y la ambición de la mujer’. Pero esto es prejuizar el hecho, porque seguramente son las mujeres las que deben resolver cuál es su mayor regocijo y ambición’ (Müller, [1887] 1996:214).

III.

El discurso victoriano, naturalizando la condición femenina, impuso a las mujeres pautas de comportamiento, actitudes y aptitudes que las relegaron a un papel social subalterno. Al reconocerlas como creadoras y transmisoras de los valores morales y culturales, se las confinaba al ámbito privado del hogar donde debían desempeñar sus actividades maternas, atender y cuidar a su familia, respondiendo así por un lado a su *naturaleza*, y por otro a las exigencias de orden social que desde el espacio público se les imponían.

No obstante, pueden reconocerse algunos matices diferenciales entre las fuentes analizadas. Mientras que para los discursos más tradicionales la maternidad implicaba una serie de obligaciones y deberes a cargo de las mujeres, al paso que las confirmaba en su identidad femenina, para una integrante del movimiento sufragista inglés como Garrett Fawcett aquella constituía la plataforma desde la que debían luchar por la igualdad y la autonomía que la sociedad patriarcal se resistía a admitirles. Por último, cabe destacarse la postura más radical de feministas como Taylor Mill y Müller, puesta de manifiesto por aquella cuando sostenía que “Decir que se debe excluir a las mujeres de la vida activa porque la maternidad las inhabilita para esta vida es lo mismo que decir que se les debe prohibir cualquier otro modo de vivir a fin de que la maternidad sea su única salida” (Taylor Mill, 2000:127).

FUENTES

GARRETT FAWCETT, Millicent, “The Electoral Disabilities of Women” en: *The Fortnightly Review*, Vol. 13 en Pyle, A. (ed), [1870] 1995, pp. 223-235.

GARRETT FAWCETT, Millicent, “The Emancipation of Women” en: *The Fortnightly Review*, Vol. 50 en Rowold, K. (ed), [1891] 1996, pp. 278-293.

HARRISON, FREDERIC, “The Emancipation of Women” en: *The Fortnightly Review*, Vol. 50 en Rowold, K. (ed), [1890] 1996, pp. 259-277.

KENEALY, ARABELLA, “The Talent of Motherhood” en: *The National Review*, Vol. 6 en Rowold, K. (ed), [1890] 1996, pp. 243-258.

MILL, JOHN STUART, “El sometimiento de la mujer” en: Mill, J. S. y H. Taylor Mill, *Ensayos sobre la igualdad sexual*, Madrid, Mínimo Tránsito, [1869] 2000, pp. 145-261.

- MÜLLER, Henrietta, "What Woman is fitted for", en: *The Westminster Review*, vol.127, en K.Rowold, ed. [1887] 1996, pp.207-219.
- OLIPHANT, Margaret, "Mill on the Subjection of Women", en: *The Edinburgh Review*, October 1869, pp. 572-602 en Pyle, A. (ed), [1869] 1995, pp. 109-140.
- SMILES, Samuel, *Character*, London, John Murray ed., [1871] 1913a.
- SMILES, Samuel, *Thrift*, London, John Murray ed., [1875] 1913b.
- SMILES, Samuel, *Duty*, London, John Murray ed., [1880] 1912.
- SPENCER, Herbert, "The Study of Sociology: N° XV. Preparation in Psychology", en: *Contemporary Review*, Vol 22 en: Rowold, K. (ed), [1873] 1996, pp. 23-31.
- SPENCER, Herbert, *La moral de los diversos pueblos y la moral personal*, Madrid, La España Moderna, s/d a.
- SPENCER, Herbert, *Las Instituciones Domésticas*, Madrid, La España Moderna, s/d b.
- TAYLOR MILL, Harriet, "La emancipación de la mujer" en: Mill, J. S. y H. Taylor Mill, [1851] 2000, pp. 113-144.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMSTRONG, Nancy, *Deseo y ficción doméstica*, Valencia, Editorial Cátedra, 1991.
- BOCK, Gisela y Pat Thane (eds), "Introducción", en: *Modernidad y política de género. La mujer en los estados de bienestar*, Madrid, Ed. Cátedra, 1996, pp.19-49.
- CAINE, Barbara y Glenda SLUGA, *Género e Historia. Mujeres en el cambio sociocultural europeo, de 1780 a 1920*, Madrid, Narcea Ediciones, 2000.
- FERNÁNDEZ, Ana María, "Introducción", en: FERNÁNDEZ, A. M. (comp.), *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias*, Buenos Aires, Paidós, 1993, pp. 11-23.
- FRAISSE, Geneviève, "Del destino social al destino personal. Historia filosófica de la diferencia de los sexos" en: G. DUBY y M. PERROT, *Historia de las mujeres. El siglo XIX* Madrid, Taurus Ediciones, T. 7, 1993, pp. 57-89.
- HÉRITIER, Françoise, *Masculino/Femenino II. Disolver la jerarquía*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- HITCHCOCK, Tim, *English Sexualities 1700-1800*, Routledge & Keagan Paul, London and New York, 1997.

- IBARLUCÍA, Blanca, "Ciclos vitales y subjetivación" en: S. B. GAMBA (coord.): *Diccionario de estudios de género y feminismos*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2007, pp.52-55.
- KNIBIEHLER, Yvonne, *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.
- MOLINA PETIT, Cristina, *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Madrid, Antropos, 1994.
- MORANT DEUSA, Isabel y Mónica Bolufer Peruga, *Amor, matrimonio y familia*, Madrid, Ed. Síntesis, 1998.
- MORT, Frank, *Dangerous Sexualities*, Routledge & Keagan Paul, London and New York. 1987.
- PYLE, Andrew (ed), *The Subjection of Women: Contemporary Responses to John Stuart Mill*, University of Bristol, England, Thoemmes Press, 1995.
- ROWOLD, Katharina (ed), *Gender and Science. Late Nineteenth-Century Debates on the Female Mind and Body*, University of Bristol, England, Thoemmes Press, 1996.
- RUIZ, Alicia, *Identidad femenina y discurso jurídico*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000.
- TUBERT, Susana, "Maternidad", en: GAMBA, S. B. (coord.), *Diccionario de estudios de género y feminismos*, 2007, pp. 206-208.